Grietas, fracturas y posibilidades de nuevos órdenes con ocasión del COVID-19

*Por Juan Gabriel Gómez Albarello**

* Doctor en Ciencias Políticas de la Universidad Washington en San Luis y profesor del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia.
Correo: jggomeza@unal.edu.co

Si algo podemos aprender de las pestes devastadoras del pasado es que las fibras morales de la humanidad han cambiado muy poco o nada, un dato que bien nos podría hacer escépticos acerca de los posibles efectos benéficos de la crisis del COVID-19. Empero, el carácter global de esta crisis sigue siendo una gran oportunidad para repensar y alterar la trayectoria que ha seguido el mundo hasta ahora.

—1—

De partida, quisiera llamar la atención sobre el hecho de que el orden social no se ha derrumbado y que la gran mayoría de personas no ha sido arrastrada por la vorágine del *carpe diem*, como sucedió con muchas pestes del pasado. Las memorables páginas que dedicó Tucídides a la peste en Atenas durante el segundo año de la guerra del Peloponeso nos proporcionan el más vívido contraste con lo que ocurre durante este primer año de la pandemia. La expectativa de que la crisis se va a superar y de que tendremos que enfrentar una grave recesión invita a la frugalidad o, por lo menos, al consumo moderado. Desde luego, siempre habrá quienes se lancen al desenfreno, pero no

conozco casos de gente que haya dilapidado en una gran juerga el legado de sus parientes muertos por el COVID-19.

Esto tiene que ver con un hecho que no podemos menospreciar en lo absoluto. La mortalidad del virus es devastadora, pero es sustancialmente inferior al número de muertos durante las pestes del pasado. Las estimaciones que tenemos son bastante inexactas, pero es indisputable que el número de víctimas en siglos anteriores fue sustancialmente mayor. Los avances de la ciencia y la provisión organizada de los servicios de salud son dos causas fundamentales de la menor cantidad de víctimas durante esta pandemia. Las dos cosas van juntas. Donde los líderes políticos ignoran la ciencia y el sistema de salud es precario, lo más probable es que la tasa de mortalidad sea más alta, lo cual parece ser, desafortunadamente, el caso de Estados Unidos.

A diferencia también del pasado, la gran mayoría de Gobiernos ha puesto en marcha programas de asistencia social con el fin de asegurar que el conjunto de la población cumpla con la cuarentena decretada en cada país. Todos sabemos que, en ausencia de esos programas, la gente con hambre saldría a las calles, iría primero por los supermercados y luego por las reservas de alimento que cada uno tiene en su casa. El exagerado aumento de la venta de armas en los Estados Unidos es la mejor indicación del temor sentido por los ciudadanos de ese país de que el orden social se resquebraje y que, en el límite, la guerra de todos contra todos pueda convertirse en una realidad. Yo creo que estamos muy lejos de ese escenario hobbesiano de retorno a un supuesto estado de naturaleza por

la sencilla razón de que, además de los economistas, los Gobiernos han escuchado la voz de quienes piensan que la economía no existe en el vacío y que, sin programas de asistencia social, el desorden sí podría ser una realidad.

La crisis del COVID-19 nos ha mostrado también que la libertad no existe en el vacío. Solo ideólogos libertarios delirantes y absolutamente marginales han montado un ataque contra la cuarentena como una restricción indebida de la libertad. Los libertarios más sensatos han permanecido en silencio, pues su ideología no les proporciona adecuadas indicaciones acerca del curso a seguir durante la crisis. No sé cuántos libertarios continúen inmunizados contra la realidad e insistan en que la contribución obligatoria al financiamiento del sistema de salud constituye un asalto a la autonomía individual. La pandemia, que no respeta demarcaciones sociales, la misma que puso en cuidados intensivos al primer ministro del Reino Unido, enseña que es preciso contar con un sistema de provisión colectiva de la salud, financiado mediante esas contribuciones obligatorias. Sin embargo, la capacidad que tenemos los seres humanos de racionalizar los hechos que contradicen nuestras creencias es casi infinita. Basta tomar nota de la forma en que muchos libertarios explican la decisión de Ayn Rand de recurrir a la ayuda del sistema de seguridad social al final de su vida.

La ideología liberal también ha sufrido un fuerte embate durante esta crisis. Ofuscados por el contraste entre la recuperación de China y la rapidísima difusión del contagio en Italia y España, varios observadores se apresuraron a decir

que la política autoritaria le había ganado la partida a la política liberal. Esta es una conclusión errada, que resulta del limitado ámbito de atención de quienes realizan semejante inferencia. Si uno compara a China con Taiwán, la conclusión que hay que sacar es otra. Donde hay libertad de prensa, la ciudadanía puede rápidamente alertar a las autoridades del brote de una epidemia. Esa ciudadanía, además, movida por un sentimiento de autocuidado y solidaridad, puede usar las nuevas tecnologías de la información para identificar los focos de contagio y ayudar así a dirigir los esfuerzos de las autoridades para prevenir la difusión del virus. El uso cívico de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación es la gran lección que hay que sacar de la experiencia taiwanesa. Ese uso cívico es la mejor respuesta al vigilantismo estatal del modelo chino y a la ansiedad de pensadores que nos aseguran que lo que viene después del COVID-19 es la sociedad panóptica. No quiero menospreciar el riesgo de que esa sociedad surja del *capitalismo de la vigilancia* del cual se nutren empresas como Google, Apple, Facebook y Amazon. Sin embargo, Taiwán ha demostrado que es posible un uso cívico del Internet, por lo cual sigue siendo posible mantener un orden social basado en la libertad individual. Desde luego, este orden tiene que pensarse de nuevo, por lo cual creo que de esta crisis saldrá, si no una ideología nueva, por lo menos versiones revisadas del liberalismo.

El orden mundial sí ha quedado seriamente resquebrajado por la crisis del COVID-19, pero hasta ahora no está roto del todo. A este respecto, la mayor incógnita es Estados Unidos,

y la mayor incógnita de Estados Unidos es Donald Trump. Su errática forma de actuar ha tenido dos consecuencias muy graves: ha debilitado sustancialmente la posición de su país relativa a las demás potencias y, al mismo tiempo, lo ha convertido en un socio que no es confiable. A medida que se profundiza la crisis de salud pública, es innegable que la crisis económica que afrontará Estados Unidos será muchísimo mayor. Por tanto, contará con muchos menos recursos para sostener la posición de preeminencia que China le había comenzado a disputar antes de la pandemia. Estados Unidos ha salido airoso de muchas crisis en el pasado, por lo cual no puede descontarse que lo haga también en esta. Sin embargo, el egoísmo y la cortedad de miras de Trump van a hacer muy difícil que su país pueda apoyarse en la red de instituciones globales de las cuales su país deriva buena parte de su poder.

Es preciso anotar que el liderazgo ejercido por Estados Unidos fue decisivo para resolver anteriores crisis globales. En la actualidad, ese liderazgo está completamente ausente, lo cual ha impedido que surja una respuesta coordinada para contener la pandemia. A este respecto, sugiero contrastar el papel de la potencia norteamericana durante la crisis financiera de 2008 con el papel que ha jugado frente al calentamiento global y con el que asume en la actualidad respecto de la pandemia. Cuando estalló la crisis financiera, bajo la égida estadounidense, el Fondo Monetario Internacional y las bancas centrales de las economías más grandes coordinaron su respuesta como prestamistas de última instancia. No solo eso. Estados Unidos se benefició de la masiva compra de Bonos del

Tesoro por parte de un gran número de países, lo cual le dio el respaldo fiscal a su programa nacional de rescate, del cual dependía la estabilidad del orden económico internacional. El papel global de Estados Unidos respecto al calentamiento global y la pandemia ha sido completamente diferente. En la medida en que su Gobierno actúa de espaldas a la ciencia, este se ha convertido en el mayor obstáculo al necesario esfuerzo de coordinación global que permitiría hacerle frente a uno y otro fenómeno.

Desde luego, este no ha sido el único obstáculo. En el caso de la crisis financiera de 2008, los expertos económicos de las bancas centrales tenían a su disposición los medios para conjurarla, y lo hicieron de la mano de los Gobiernos interesados directamente en su éxito. En el caso de la pandemia, los Gobiernos se han demorado muchísimo en escuchar a los expertos en salud; e incluso, después de hacerlo, no han dejado de atender lo que dicen empresarios y expertos económicos en contradicción con los primeros. La naturaleza misma de la pandemia, de las medidas para controlarla y de su impacto social y económico hacen necesario escuchar muchas voces. Lo preocupante es que haya expertos económicos y empresarios que lo hagan, en algunos casos, sin informarse suficientemente acerca de la rápida difusión del contagio y de su letalidad, cual si fueran una réplica en miniatura de la postura irresponsable de Donald Trump o Jair Bolsonaro.

La complejidad del asunto es aún mayor, pues hemos de tomar en cuenta que todos los países tienen políticas sanitarias distintas, las cuales reflejan el mayor o menor grado de consenso

respecto al papel del Estado y de los agentes privados, tanto en la provisión de la salud como en otras áreas de la economía. Y si esto no fuera suficiente, hemos de tomar en cuenta la diferente tradición política y cultural de cada país, lo que al final nos permite comprender la mayor o menor tolerancia hacia las restricciones a la movilidad de los ciudadanos, así como su mayor o menor grado de civismo. Esto es lo que algunos observadores han expresado en términos de la oposición entre la orientación más o menos individualista o colectivista de cada nación.

Dicho esto, se puede entender por qué la respuesta a la pandemia ha tenido lugar fundamentalmente en los confines de las fronteras nacionales. Dicho de otro modo, hay numerosos factores que han conspirado contra una respuesta global efectiva a la difusión del COVID-19. De todos modos, no ha dejado de causar extrañeza, e incluso estupor, la poca solidaridad que los países miembros de la Unión Europea han mostrado con los socios más aquejados por la pandemia. En ausencia del interés de Beijing y de Moscú por extender su influencia, creo que Italia y España habrían quedado abandonadas a su suerte. Ha sido en reacción a ese interés que la voz de los paneuropeístas se ha vuelto a escuchar, y es probable que triunfe su opinión de que, si cayeran Italia y España, caería más tarde o más temprano toda la Unión Europea.

En contraste con la poca solidaridad mostrada por los políticos, los científicos de todo el mundo comparten la información que tienen acerca del virus y las estrategias para contener su difusión. Al modo de la República de las Letras de los

siglos XVII y XVIII, hoy hay una República de la Ciencia. Sus valores y prácticas pueden ser la base para reactivar la coordinación global necesaria para erradicar la pandemia y recuperar la economía internacional. Es difícil prever cuánto tiempo tienen los líderes que actúan de espaldas a la ciencia y hacen caso omiso de esa necesaria coordinación global. A juzgar por la forma en la cual han actuado muchos en relación con el calentamiento global, podrían seguir en el poder indefinidamente. Con esta pandemia, ¿las cosas serán diferentes? El carácter mortal del virus y su rápida difusión tienen un carácter mucho más tangible que la alteración de los ciclos climáticos. En la medida en que haya un público informado y decidido a demandar rendición de cuentas a sus gobernantes, estos tendrán que alinearse con modos de acción basados en información y modelos epidemiológicos confiables. Es probable también que ese público demande una mayor cooperación internacional para contener los nuevos brotes de la pandemia. Sin embargo, como lo señalé anteriormente, siendo casi infinita nuestra capacidad para racionalizar los hechos que contradicen nuestras creencias, los líderes que actúan de espaldas a la ciencia y hacen caso omiso de esa necesaria coordinación global pueden tener mucho más futuro del que estaríamos dispuestos a concederles.

En este mismo orden de ideas, si se encuentra una vacuna, no es para nada claro que vaya a ser compartida por todos los países. Persiste además la lógica del interés nacional que impone concentrar todos los recursos necesarios para cuidar de la población de cada país. Quizá lo positivo de esta

regresión antiglobal es que países periféricos como el nuestro tienen ahora la oportunidad de reorganizar sus economías y reinsertarse en el mercado global. En efecto, en modo análogo a lo ocurrido durante las dos guerras mundiales y la Gran Depresión, esta regresión antiglobal le da incentivos a cada país para que produzca los reactivos necesarios para diagnosticar la presencia del virus y los equipos médicos para atender a sus pacientes, y para que ponga en marcha políticas de producción de bienes esenciales que no se podrían dejar al albur de un mercado perturbado por futuras pandemias. Por lo pronto, el COVID-19 ha liquidado la *utopía del capitalismo global*, una especie de jacobinismo librecambista, según la cual el remedio para todos los males –la corrupción, el subdesarrollo, etc.– era la reducción de los Estados nacionales a su más mínima expresión.

–2–

Durante esta crisis he visto innumerables artículos de prensa, videos y mensajes en redes sociales de gente que sostiene que la crisis del COVID-19 puede ser la oportunidad para un gran despertar de la humanidad. Aparentemente, la cuarentena ha hecho que abramos los ojos a lo que es verdaderamente importante, e incluso que tomemos distancia del egoísmo y el estrecho horizonte con los cuales nos relacionamos con el mundo. A menos que haya un cambio en nuestro modo general de concebir este mundo y que, simultáneamente, surjan

instituciones que encarnen ese nuevo modo de pensar, todas estas son palabras que se llevará el viento.

Para superar la recesión económica va a ser necesario que, de un modo u otro, recuperemos nuestros hábitos de consumo: que compremos, que viajemos, que gastemos, en fin, que volvamos a la vida que teníamos antes de que nos encerraran en la casa por el miedo al contagio. Desde luego, al salir de la cuarentena encontraremos un mundo muy cambiado, sobre todo con altas tasas de desempleo y muchos negocios en la ruina. Por temor al contagio, pasarán muchísimos días antes de que volvamos a una sala de cine o de conciertos y quizá registremos como memorable la experiencia de subir de nuevo a un avión. De todos modos, para sacar la economía adelante, habrá numerosos estímulos que pondrán en movimiento la vida que llevábamos. ¿Qué sucederá entonces con la conciencia de la fragilidad de la vida y con el miedo a la muerte, con los llamados a la solidaridad, con la idea de que estamos todos en un mismo barco? Al salir de la cuarentena, nos vamos a encontrar con un mundo agobiado por la escasez de recursos, por lo cual el más crudo egoísmo puede ponerse a flor de piel. En otras palabras, quizá veamos replicada a nivel micro la misma mentalidad que han mostrado a nivel macro los líderes políticos de cada país: que cada quien se salve como pueda y salte a su propio bote salvavidas.

No obstante, la crisis causada por el COVID-19 tiene un ingrediente que hace posible redefinir el orden social, tanto en la escala nacional como en la escala global, en una dirección solidaria. La conciencia de que la cuarentena es una con-

dición gravosa para las personas social y económicamente más vulnerables parece haber despertado en muchas partes el sentido de que compartimos un destino común, por muy vago y limitado que sea ese sentido. Así las cosas, motivada por la solidaridad y también por el egoísmo (el miedo a multitudes hambrientas que podrían asaltar los supermercados y las casas, y también el miedo a los efectos de la recesión económica), la ciudadanía de cada país está hoy dispuesta a apoyar medidas de ayuda social para las personas y las empresas. En este contexto, súbitamente la renta básica universal dejó de ser una iniciativa utópica para convertirse en una de las opciones para conjurar la recesión económica, en abierta contradicción con el postulado neoliberal según el cual cada quien tiene que valérselas de acuerdo con su capacidad productiva y su nivel de ahorro. La crisis del COVID-19 también ha dejado al descubierto la precariedad de sistemas de salud como el colombiano y el estadounidense, fundados sobre la misma base.

Tan audaces como estos cambios sería el paso de un paradigma político fundado en la primacía de los derechos individuales a otro basado en el equilibrio entre, por un lado, esos derechos y, por el otro, los deberes y el mérito social. La respuesta a la pandemia y la recesión económica demandarán múltiples esfuerzos que habrán de ser coordinados no solo por el mercado y las redes de solidaridad de la sociedad civil, sino también por el Estado. Si la solidaridad se funda en el principio *todos toman*, los esfuerzos de los individuos y las empresas tendrán que responder, correspondientemente, al principio

todos ponen, esto es, a una nueva conciencia del mérito social y los deberes de cada individuo. Sin embargo, es claro que la amplitud y profundidad de este *todos ponen* va a depender de las condiciones políticas de cada país. Donde el pacto social ha sido mucho más incluyente y donde hay un sentido más fuerte de destino común, ese *todos ponen* se materializará en una política tributaria progresiva y equitativa; donde no, como en nuestro caso, los más ricos tratarán de hacer de la crisis una oportunidad para bajar el impuesto a la renta, flexibilizar aún más la jornada laboral o convertirse en acreedores de la nación, cuyo esfuerzo fiscal concurrirán a financiar. No obstante, no es del todo seguro que este sea el único resultado. Las alteraciones sociales causadas por la pandemia y las que causarán la recesión serán de una magnitud enorme, de ahí que no se puedan descartar completamente cambios que corrijan la desigualdad existente, pero tampoco otros que la profundicen.

Para concluir, diré que hay razones para la esperanza, pero también para el fatalismo. La República de la Ciencia está mucho mejor posicionada en el espacio público que antes. Será más difícil que los negacionistas del calentamiento global mantengan la iniciativa, pues además de la voz de la ciencia, hay una nueva sensibilidad relacionada con nuestro medioambiente. La pausa que, obligados, le dimos a la naturaleza, nos la ha mostrado con otros ojos. Quizá, después de todo, sí cambien nuestros hábitos de consumo, a pesar del bombardeo mediático para que gastemos más. Quizá la ciudadanía se empodere y demande un esfuerzo fiscal basado en un *todos ponen* progresivo

y equitativo. Quizá esa misma ciudadanía le monte una guardia incesante al gasto público y ponga contra las cuerdas a políticos y empresarios irresponsables, demandándoles rendición de cuentas. Quizá Trump y Bolsonaro tengan que dejar el poder, y un renovado sentido global sirva para establecer mecanismos de coordinación que nos pongan a salvo de esta y de próximas pandemias. O quizá esta especie esté condenada por su propia estupidez, esto es, por la incapacidad de sus individuos de cuidar de sí mismos y de los demás.